## Luis Morote Cañas y barro (Heraldo de Madrid, 15-1-1903)

Es admirable el intenso afecto mutuo y la compenetración de sentimientos, ideas, voluntades, que existe entre Blasco Ibáñez y Valencia, el poeta de los humildes y la gran ciudad democrática. Valencia nombra diputado a su hijo ilustre, le aclama, le sigue, le obedece. Y luego hace algo más: se entrega a él; le confía sus íntimos, esplendorosos encantos; se le revela en la hermosura de su huerta, en el aroma embriagador de sus flores o en la sazonada substancia de sus frutos, en la mórbida belleza de la Albufera, en el reflejo de la inmensidad que es el mar; se deja escrutar en los misterios de su historia y en los móviles psicológicos de su alma, trasladada toda ella entera, vibrante de pasión, en las novelas de Blasco. Y cuando se ve en lenguas extranjeras, pasando las fronteras, sirviendo de asunto a una literatura original y fuerte, pregonada su fama por la del artista, Valencia se siente conmovida, gozosa de pertenecerle.

Por su parte, Blasco le devuelve con creces a su Valencia tantos y tantos beneficios como de ella recibió. Desde que era casi un niño dedícase a la tarea de educar al pueblo, despierta en él el sagrado amor a las letras, ya con sus novelas, o con su periódico, o con la biblioteca económica, y ahora con la Universidad popular. La biblioteca que lleva el nombre editorial de Sempere, fundada y dirigida por Blasco, es un éxito, y reporta inmenso servicio a la gran masa. Al precio inverosímil de una peseta el tomo, lleva publicados en dos años 70 volúmenes, poniendo al alcance del proletario poetas y novelistas como Hugo, Zola, Tolstoi, France, Daudet, Maupassant, Gautier, Mérimée, Merojkowski, D'Annunzio, Goncourt, Mirbeau, Sudermann, pensadores como Voltaire, Renan, Grave, Schopenhauer, Kropotkine, Faure, Riza1; sabios como Darwin, Reclus, Haeckel; periodistas como Rochefort; autores consagrados por los siglos como Pretonio...

No bastándole esto a Blasco, recientemente tuvo la feliz inspiración de crear la *Universidad popular* para que la masa obrera no carezca del alimento espiritual que se da en los centros oficiales mediante costosos derechos. Y su fórmula es clara: «Puesto que el pueblo no puedo acercarse a la Universidad, que vaya la Universidad en busca del pueblo.» Los catedráticos de Valencia y fuera de ella bríndanse a esa enseñanza gratuita, y comienzan a recibirse donativos de patriotas creyentes en la virtud regeneradora de la instrucción.

Por eso, los que se imaginan a Valencia en perpetuo motín, o no la conocen, o la calumnian. Valencia ha aprendido a volar, a administrarse, a sentir los impulsos del ideal, a querer la Verdad, la Belleza y la Justicia. El autor inmortal del ¡J'accuse! era perseguido; una multitud inconsciente pedía en las calles de París su muerte; la Legión de Honor le borraba de sus cuadros; la

prensa lo maldecía, penetrando como hiena en su hogar, y los que no le condenaban sentían la duda acerca de la santidad de su causa. Solo unas cuantas eminencias universales, Ibsen, Tolstoi, France, Bjsornson, le alentaban. Pero la muchedumbre, esa no ayudaba a Zola con sus consuelos a subir la calle de la Amargura. Y Blasco hizo un día en *El Pueblo* un llamamiento a la ciudad con que rendir homenaje al creador de *Germinal*. Valencia cubrió con millares de firmas las listas de *El Pueblo*, y era de ver a hombres y mujeres acudir en tropel a inscribirse... Tal es la obra de Blasco.

De ahí la correspondencia y fusión de afectos, de ahí que pocas veces hayan aparecido tan unidos patria y escritor.

- —Este es mi Blasco, el meu Visent —dice Valencia, complacida.
- —Esta es mi Valencia, mi obra de progreso —puede decirse Blasco Ibáñez, enorgullecido legítimamente.

\*\*\*

Cañas y barro compite, y aun aventaja, en mérito artístico a La barraca. Los que estimaban esta producción como única y excepcional, imposible de ser superada en sus prodigiosas bellezas, deben darse, en mi concepto, por vencidos. Lo prueban personajes como el tío Paloma, su hijo y su nieto Tonet, el Cubano; Cañamel, el antiguo carabinero, y su mujer Neleta; Sangonera, la Borda, y hasta el pare Miquel y el cazador don Joaquín. Leyendo su historia, oyendo sus palabras, asistiendo al proceso de sus actos, con todas sus buenas y malas cualidades, experimenta uno la sensación de que pertenecen al corto número de aquellos seres que, imaginados por el artista en virtud de su fuerza plástica, representativa, viven más larga o interesante vida que los seres reales, de carne y hueso. No de otro modo los personajes de Zola, Balzac o Víctor Hugo quedan, y la infinidad de burgueses, de nobles y de miserables, cuyo estado de alma aquellos encarnaron, no dejan memoria de su existencia. Sancho y Don Quijote permanecen, duran, mientras pasan, sin pena ni gloria, la muchedumbre de Quijotes y Sanchos que en el mundo fueron y serán.

Las escenas de Cañas y barro están como esculpidas y buriladas por un cincel. La escena de la barca correo con que comienza la novela; el idilio a lo Dafnis y Cloe en la Dehesa, o sea la noche que pasan juntos cuando niños Neleta y Tonet, unidos por un amor casto; el sorteo de los redolins; la falta; les albaes en el Palmar; la tirada en el Saler; el infanticidio, son páginas, capítulos, trazados de mano maestra, la historia de Cañamel; la historia de la Albufera, tal como la cuenta el tío Paloma, como lago, que es de todos y de nadie; la intervención del gracioso Sangonera, al pedir la palabra ante el Jurado que sortea y adjudica los puestos de pesca; la gran fiesta del Palmar; la del Niño Jesús, con aquellas brutalidades heroicas e inútiles de echarse a nadar, rompiendo el hielo, por ver qué mozo crudo es el primero que coge el bombo

de la música de Catarroja; la escena sobria, emocionante, de la ruptura entre Tonet y Cañamel, frente a frente los dos hombres, el uno fuerte y el otro débil, y, sin embargo, el débil agigantado por el derecho y el fuerte abatido por la falta; las alucinaciones de Sangonera; el vino que rezuma de su cuerpo, que le hace hablar con el propio Jesucristo en plena Albufera; la pelea de Samaruca, la cuñada de Cañamel, con Neleta, disputándose a mojicones la herencia del moribundo; la vuelta de Tonet a la taberna del ex carabinero, burlando la vigilancia de todo un pueblo, ganoso de coger a los amantes en falta; la indignación de Neleta cuando descubre que está encinta, y eso desmorona el castillo de naipes de su felicidad de mujer rica y respetada; el cuidado hasta la crueldad y el martirio espantoso con que oculta su embarazo ante los ojos de todas las comadres del Palmar, que disputan si está o no está, introduciendo sus narices en el corsé y en el delantal de la pecadora; toda la novela, en fin, es como de Blasco Ibáñez, y con eso queda hecho su mejor elogio.

Pero, sobre todo, donde Blasco usó de los pinceles de Velázquez para pintar cuadros hermosamente duraderos es en la escena de la falta, en la del atracón de *Sangonera y en* la del infanticidio, probando sus múltiples, extraordinarias, facultades artísticas, porque la primera es de una ternura infinita, la segunda de una gracia cervantesca y la tercera de una intensidad trágica solo alcanzada por Zola.

El viaje de Catarroja al Palmar; la vuelta de Valencia de Neleta, sola, sin el tío Paloma, poniendo por primera vez a los dos novios antiguos en el derrumbadero de la caída, es sobrio en sus trazos, de un vigor y una fuerza admirables. Emprenden el regreso a casa Neleta y Tonet; tiemblan de emoción; se alejan temiéndose, y él percha, hace bogar a la barca, mientras ella, sentada sobre un montón de cáñamo, reflexiona y sueña. El viento cae; imposible hacer andar a la barca con rapidez, y Tonet, cansado, deja la percha. Mira los zapatitos amarillos de Neleta, que salen por debajo de la falda. Ella le llama con voz dulce, en que había algo de arrullo maternal. Había cerrado la noche; la calma en la Albufera, la soledad augusta del lago tranquilo, convidaban a la efusión de dos corazones. Se sientan juntos. Tonet siente la mano de Neleta que le enjuagaba el sudor, acariciándole la cabeza. Y en una frase queda todo dicho: «El amor, soberano del mundo, se mecía sobre unas tablas...»

Después el atracón de *Sangonera*. Es el día de la gran tirada en la Albufera, de aquel San Martín que se celebra con todo el estrépito horrísono de una batalla. Acabada la *demanà*, Tonet, intranquilo, se escapa y vuelve a casa de Neleta, que da a luz aquella noche. Deja a *Sangonera* para servir a D. Joaquín, el cazador de Valencia.

El vagabundo *Sangonera*, que jamás ha trabajado, se arrellana en la barca, mientras D. Joaquín, el *Tartarín del lago*, dispara y dispara sobre ánades, que caen heridos, más que por su escopeta, por la fatalidad artera. *Sangonera* descubre las provisiones de su amo, y se regala cual en nuevas bodas de

Camacho. ¡El hermosísimo cuadro! Uno tras otro se engulle tres enormes pucheros, uno de bacalao con tomate, otro de lomo y longaniza, ¡y dos capones! Trasiega una bota de vino como para una familia. Y revienta, revienta la única vez que ha comido. ¡Pobre vagabundo, hambriento toda su vida, que satisface un día el hambre de cuarenta años! ¡Pobre Sangonera! Su estallido es un castigo a su falta. ¡La sola vez que aceptó, aunque momentáneamente, un oficio, un trabajo! ¡La deserción del hambre y la miseria le cuesta la existencia! El símbolo es tristemente hermoso, e incita a inmensa piedad hacia los miserables. Es un cuadro hugoniano.

Y, por último, el trágico desenlace, el infanticidio y el suicidio. Tonet llegaba a la alcoba de Neleta, donde esta se hallaba tendida, blanca y desangrada. «Toma a nuestro hijo; llévatelo, no me lo dejes ver, que no lo bese.» Y Tonet, con el fardo de pañales, con el recién nacido que llora rabiosamente, surca la Albufera. El lago, en noche que precede a la tirada, por excepción está poblado, lleno de botes que cruzan en todas direcciones. Aquel llanto en medio de la Albufera, a semejantes horas, es una denuncia. No podrá llegar nunca a Valencia, no podrá arrojarlo en el altar de una iglesia, en el torno de la Inclusa. Y su hijo está allí, que llora cada vez más fuerte, que le hará perder la herencia y la posesión de Neleta. La idea criminal —dice Blasco surge primero como una ascua de fuego, para convertirse luego en un incendio abrasador. El infanticidio, el horroroso y cobarde delito, la abominación humana, se le aparece a su alma corrompida, más negra que el fango de la Albufera, como una necesidad motivada. Y por encima de la barca arroja a un carrizal el envoltorio de pañales en que va su hijo, ser de su ser, sin una lágrima...

La pasión dominante, fatal, delincuente, es la codicia. Por codicia Cañamel prepara él mismo la falta de su mujer al formar sociedad con Tonet para explotar la Sequiota; por codicia ahoga Neleta los santos instintos de maternidad; por codicia va al crimen Tonet. El estudio de aquellos motivos inferiores, pesando sobre todos los culminantes personajes, es magistral... Y, finalmente, elevándose sobre todo el símbolo de la serpiente Sancha, que aparece al principio de la novela y vuelve a surgir al final, símbolo cual leiv motif de una gran ópera de Wagner. La serpiente de pequeña se deja domesticar, acariciar, y cuando es grande estruja en un abrazo, con sus anillos, al mísero soldado que la llama. La serpiente representa el amor carnal, la codicia, la pereza, el barro de la Albufera, el mar muerto, que apaga todo instinto noble y mata todo ideal...

\*\*\*

Líbreme Dios de participar do la opinión de los que, pasmados del arte de Blasco, siendo sus admiradores fervientes, le aconsejan que abandone la política por la literatura. No; solo luchando se aprende a pintar el dolor humano. *Anant pel mon*, como diría otro gran artista, Rusiñol, se adquieren

las dotes de observación que posee en tan soberano grado el novelista valenciano.

Zola descendió a la arena de la lucha al final de su vida. ¡Cuánto mejor haberlo hecho desde un principio! La política está necesitada de poetas, de artistas, de combatientes, que sientan el ideal y por él sepan darlo todo, y, si necesario fuera, la vida. Solo así se influye en la multitud, se la educa, se la eleva. Y la multitud, con sus pasiones generosas, con su sacrificio constante, influye también en el artista, lo forja y lo unge con la facultad creadora, haciendo que no pinte por pintar, que no cante por cantar, sino que trace la historia interna de un pueblo...